



Ciril Rozman, Doctor Honoris Causa por la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir

La investidura del Dr. Ciril Rozman por nuestra Universidad nos permite suministrar esta mañana un excelente mensaje no sólo para nuestra comunidad o para el sistema universitario valenciano o español, sino que me atrevo a señalar que lo es para toda nuestra sociedad: la trayectoria personal, familiar y universitaria del nuevo doctor honoris causa prueba a las claras cuánto contribuye una vocación universitaria al bien común y, por ello, qué valioso es poder proponer un modelo así para todos nuestros conciudadanos, especialmente para los más jóvenes y para todos aquellos que se interrogan por la verdadera esperanza.

La crisis de valores que caracteriza dramáticamente a gran parte de nuestro clima social se traduce en una falta de modelos personales que actúen con convicción según los mismos y que, por tanto, puedan ser seguidos. Es una crisis que se ve agravada por el rechazo o la indiferencia hacia la verdad, que también lamentablemente domina el panorama intelectual de nuestros días. Ante estas tentaciones del espíritu, el Santo Padre Benedicto XVI nos ha propuesto con determinación en su última encíclica, *"Caritas in Veritate. Sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad"* (n.4) que consideremos que **«la verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas»**.

Para el cristiano, la verdad lleva necesariamente a la caridad. Sigue señalando el Papa: **«la verdad abre y une el intelecto de los seres humanos en el *lógos* del amor: éste es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad. En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y de un verdadero desarrollo humano integral»**.

Qué duda cabe que para una inteligencia bien formada, o para una sensibilidad despierta, resulta muy desalentador comprobar cómo los modelos que con excesiva frecuencia hoy se proponen como exitosos a nuestros jóvenes apenas tienen que ver algo con el sacrificio por amor, el esfuerzo intelectual, la generosidad en el estudio, la entrega a la investigación y el cultivo de la razón en sus distintas manifestaciones. No creo que haga falta abundar en demasía acerca de lo que los medios de comunicación califican como personajes de impacto y el bagaje moral que hay detrás de ello.

Por eso, el Patronato de nuestra Universidad, así como su Consejo de Gobierno, buscan desarrollar con cuidado una estrategia que permita leer en sus Doctores Honoris Causa un mensaje que no defraude, un modelo que no caduque, una ejemplaridad que sea verdaderamente constructiva, en definitiva, un sentimiento de admiración con base real y contrastada. Se busca estar en la línea de lo que sigue expresando el Santo Padre como continuación de la cita aludida: **«Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos**



sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad».

El modelo de toda universidad católica tanto para sus alumnos como para sus profesores se encuentra en la persona de Cristo. Pero Cristo no es un arquetipo, un ideal forjado por la invención humana. Cristo es el mismo impulso amoroso de Dios, por quien han sido creadas todas las cosas, que precede todo lo bueno, verdadero, noble y bello que hay en el ser humano. Cristo es Alguien que vive, que desde su Resurrección se ha unido en cierto modo a la vida de cada hombre para abrirle el camino de la luz y de la verdadera esperanza.

En nuestro nuevo doctor honoris causa resulta fácil reconocer las virtudes humanas, académicas y científicas que se encuentran en plenitud en Cristo, que son la gloria de todo verdadero universitario y que celebramos con alegría que han sido cultivadas con toda justicia, inteligencia y libertad por el Dr. Rozman, como ha quedado patente a través de esa biografía admirable que nos ha sido bellamente sintetizada por el Dr. D. Justo Aznar.

Ante la figura del Dr. Rozman no podemos dejar de decir con toda claridad a nuestros jóvenes universitarios y a toda nuestra sociedad que el camino vital seguido por el nuevo doctor honoris causa merece la pena sin ninguna duda ser vivido e imitado, que gracias a él, y otros Doctores como él, la medicina se ama más, se conoce mejor, se investiga mejor, se practica mejor y es capaz de llevar cada día con más destreza a los seres humanos los bienes de la salud, que tan directamente afectan al bien integral de la persona.

Cuando, a propuesta del Sr. Patrono Comisionado para Ciencias de la Salud, el Dr. D. José Viña, el Consejo de Gobierno informó favorablemente para que el Gran Canciller de la Universidad y Arzobispo de Valencia y el patronato procediesen al nombramiento como doctor honoris causa por nuestra Universidad del Prof. Rozman se reunieron inmediatamente allí distintos testimonios directos del valor y las virtudes del candidato: discípulos directos e indirectos de su tarea docente; estudiosos e investigadoras que se habían beneficiado de sus logros y descubrimientos; e incluso, familiares de pacientes que expresaron una impagable deuda de gratitud por todo el bien recibido del Dr. Rozman.

Esta mañana es una mañana de fiesta, no sólo por la contribución genérica de la Universidad al bien común de nuestra sociedad formando universitarios, sino también por la específica aportación de la Ciencia Médica, de la Medicina, a la propia Universidad y al bien común.

La labor médica y curativa tienen un significado amplio e interdisciplinar con un alcance al que no es ajena la propia teología. A nadie que conozca los Santos Evangelios le puede pasar desapercibido la frecuente cercanía de Jesucristo en su vida histórica con los aquejados con dolencias del cuerpo y del alma. Sus milagros curativos permiten experimentar al ser humano que su naturaleza frágil, débil y humillada está llamada a la sanación, a la plenitud, y que el propio Señor aparece como el Salvador no sólo de la humanidad en su conjunto, sino de cada hombre y de cada mujer concretos con su personal limitación, con su dolor, con su pobreza, con su radical necesidad de redención.



Si damos un paso más en la indagación teológica, nos daremos cuenta de que la dimensión corporal del ser humano es ocasión de experimentar la paciencia de Dios: nuestro ser histórico y corporal nos permite experimentar una misericordia que no merecen nuestros pecados.

En la Noche de la Vigilia Pascual la Iglesia canta la felicidad de nuestra culpa que ha merecido tener un Salvador como Cristo resucitado. Y con ello nos permite comparar nuestra suerte con la de los ángeles: el pecado de los mismos no tuvo posibilidad de perdón, puesto que su ser quedó irremisiblemente conformado por su decisión espiritual de soberbia, de negación de la obediencia a Dios. En cambio, nuestra condición corporal, histórica, educable y sanable, permiten experimentar la Salvación de un Dios que se hace carne, que transforma nuestra condición corporal en un cuerpo glorioso por su Resurrección, y que remedia nuestra débil condición a través de los signos sensibles que son los sacramentos, especialmente con el alimento de su Cuerpo y de su Sangre en la Eucaristía.

Los sacramentos son remedios que hacen análoga la salvación humana a la curación médica. Y por eso, como ha quedado patente con la biografía del prof. Rozman, la práctica de la Medicina tiene un sentido para las personas que supera lo estrictamente curativo. Quien recibe el beneficio de recuperar la salud, de restaurar una capacidad, de mitigar un dolor, alcanza a intuir que reside en sí mismo una vocación a la plenitud que no queda constreñida por ninguna circunstancia de la vida, pero que verdaderamente clama por un Redentor al que se anhela.

La Medicina se encuentra, además, en el corazón del progreso de los pueblos, hasta ser un indicador muy acertado del mismo. Toda la Universidad y la Universidad Católica con idéntica, si no superior, convicción, ha de estar fuertemente comprometida con servir al desarrollo de las personas, de las familias y de los pueblos, y, la Ciencia Médica resulta un instrumento muy poderoso a tal fin. Resulta muy oportuno recordar el magisterio de Benedicto XVI al respecto para despejar cualquier tipo de vacilación: **«La idea de un mundo sin desarrollo expresa una desconfianza en el hombre y en Dios. Por tanto, es un grave error despreciar las capacidades humanas de controlar las desviaciones del desarrollo o ignorar incluso que el hombre tiende constitutivamente a “ser más”. Considerar ideológicamente como absoluto el progreso técnico y soñar con la utopía de una humanidad que retorna a su estado de naturaleza originario, son dos modos opuestos para eximir al progreso de su valoración moral y, por tanto, de nuestra responsabilidad».**

Y en nuestra responsabilidad como Universidad Católica buscamos cultivar el compromiso por la responsabilidad con el desarrollo siguiendo las indicaciones de la Iglesia, concretadas por el magisterio del Santo Padre en tres temas verdaderamente cruciales.

En primer lugar, conviene tener muy presente que, cito (n.28): **«la apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre. Si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se marchitan otras formas de acogida también provechosas para la vida social. La acogida de la vida forja las energías morales y capacita para la ayuda recíproca. Fomentando la apertura a la vida, los pueblos ricos pueden comprender mejor las necesidades de los que son pobres, evitar el empleo de ingentes recursos económicos e intelectuales para satisfacer deseos egoístas entre los propios ciudadanos y promover, por el**



contrario, buenas actuaciones en la perspectiva de una producción moralmente sana y solidaria en el respeto del derecho fundamental de cada pueblo y de cada persona a la vida».

Cuando estamos homenajeando al Dr Rozman, comprobamos que no sólo ha contribuido a la defensa de la vida con su ejercicio médico. Igualmente, como fruto del matrimonio con su esposa, doña Maruja Jurado, que felizmente nos honra con su presencia, ha sido bendecido con siete hijos (Elena, Maruja, Peter, Pavel, Olga, Ciril y Mónica), una espléndida familia, como nos ha recordado don Justo Aznar. Estamos seguros de presentar un eximio exponente de aplicación práctica de este principio moral al que alude nuestro querido Papa Benedicto XVI. La acogida de la vida, en el caso del Sr. Rozman, también ha forjado energías científicas e intelectuales capaces de mejorar la docencia, la investigación y la praxis médica.

El segundo aspecto crucial para orientar adecuadamente el desarrollo es la dramática negación del derecho a la libertad religiosa, que con signos ideológicos muy distintos, también tuvo que experimentar con fortaleza heroica nuestro homenajeado, el Dr. Rozman. Frente a la negación del derecho a la libertad religiosa, Benedicto XVI, en la Encíclica referida señala contundentemente que **«Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente y alimenta su anhelo constitutivo de "ser más". El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre. Si el hombre fuera fruto sólo del azar o la necesidad, o si tuviera que reducir sus aspiraciones al horizonte angosto de las situaciones en que vive, si todo fuera únicamente historia y cultura, y el hombre no tuviera una naturaleza destinada a trascenderse en una vida sobrenatural, podría hablarse de incremento o de evolución, pero no de desarrollo. Cuando el Estado promueve, enseña o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a sus ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo integral y les impide avanzar con renovado dinamismo en su compromiso a favor de una respuesta humana más generosa al saber divino».**

Finalmente, el tercer aspecto que Benedicto XVI nos apunta para poner en práctica un desarrollo verdaderamente humano, en el que la Medicina se encuentra en su seno dando respuesta al derecho humano a la salud y a la atención sanitaria, consiste en poner en relación directa el saber con la caridad. Cito (n. 30): **«La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia... Sin el saber, el hacer es ciego y el saber es estéril sin el amor... La caridad no es una añadidura posterior, casi un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio. Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe *el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*».**

Con ello, creo, llegamos al punto más alto en el que podemos expresar nuestro agradecimiento al Dr. Rozman por haber hecho también de su saber y de su ejercicio médicos verdaderos actos de amor. Querido prof. Rozman, gracias por haber aceptado entrar a formar parte de nuestra Universidad del modo más noble, como doctor honoris causa. Gracias a su esposa, Maruja, por



todo el complemento que le ha suministrado a su biografía y por estar acompañándonos esta mañana. Gracias a los dos, porque en Ustedes vemos un "amor rico en inteligencia y una inteligencia llena de amor". Muchas gracias.

